

DOCUMENTOS OFICIALES

I

DISCURSO DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE LAURENCÍN EN LA APERTURA DEL II CONGRESO HISPANO-AMERICANO DE GEOGRAFÍA Y DE HISTORIA DE SEVILLA

Presididos, en razón de su cargo de Director de la Real Academia de la Historia, por aquel varón insigne y sabio que en el mundo se llamaba el Padre Fita, a quien me ha cabido el inmenso honor de suceder, nunca el de substituir, en tan alto sitio, siete años hace que nos congregamos en esta misma histórica, culta y bellísima ciudad, para inaugurar el Congreso de Historia y Geografía hispano-americanas que había sido convocado con motivo del IV Centenario del descubrimiento del Mar del Sur. Siete años hace que por primera vez se juntaron aquí españoles e hispano-americanos para estudiar en común la historia que unos y otros habían escrito con su sangre e iluminado con los destellos de su genio; y este plazo, tan corto en la vida de los pueblos, ha sido suficiente para que las esperanzas, entonces acariciadas, hayan comenzado a trocarse en hermosas y palpables realidades.

Fué aquel Congreso el primer paso firme y seguro, dado en el camino de la aproximación intelectual de españoles e hispano-americanos. Hasta entonces las corrientes de simpatía y de afecto entre unos y otros se habían producido de gobierno a gobierno, con inevitables intermitencias, propias de la naturaleza de una política que no tenía cristalizados aún verdaderos ideales en este punto: o bien habían brotado del seno de las masas con

toda la ingenua y noble espontaneidad, pero con toda la inconsistencia de lo que es obra de la impresión del momento más que de arraigadas y sentidas convicciones.

En 1914 vinieron aquí no sólo los Representantes oficiales de las jóvenes Repúblicas, sino también una pléyade ilustre de literatos, historiadores y de hombres consagrados a la investigación en los archivos y al estudio de los hechos geográficos; y los Diplomáticos, por el verbo elocuentísimo del Sr. Ministro de Cuba D. Mario García Kohly, y por la palabra castiza y elegante del Sr. Ministro de Chile D. Enrique Larrain Alcalde, y los literatos e historiógrafos con trabajos tan meritísimos y notables como los presentados por los Sres. Herrera (D. Luciano), Levillier, Jijón Caamaño, Paso y Troncoso, Riva Agüero y Sosa, cimentaron sólidamente el edificio de la confraternidad intelectual hispano-americana, cuyos bloques fundamentales fueron estas dos afirmaciones contenidas en las conclusiones aprobadas:

«El Congreso declara que España, como nación, no fué responsable de los excesos realizados durante la conquista y civilización americana», y

«El Congreso hace constar su vivo deseo de que en todos los países de la América española se mantengan en vigor, perfeccionándolas, todas las medidas necesarias para el mejoramiento moral y material de los indios de América, siguiendo el alto ejemplo que España dió siempre en favor de los aborígenes americanos.»

A partir del momento en que estas precitadas conclusiones fueron aprobadas por el voto unánime de los españoles y de los americanos que concurrieron a dicho Congreso, quedó fijo y estable un punto de partida común para las investigaciones documentales en los archivos, para los juicios en el libro, para la total y completa labor que unos y otros están llamados a llevar a cabo, no en beneficio exclusivo de España ni en solo y peculiar provecho de los países hispano-americanos, sino en servicio de esta gloriosa raza española, sin igual en la Historia de la Humanidad, porque ninguna otra le ha superado, ni en lo maravilloso de sus hazañas militares, ni en lo sorprendente y atrevido de su

pensamiento científico, ni en la inagotable fecundidad con que ha sembrado el mundo de pueblos, a los que ha sabido infundir su genio, para que éstos prosigan, amplíen y den cima a su obra civilizadora.

Después de ese Congreso, y sobre todo después de esas conclusiones votadas a una voz y con perfecto acuerdo, la leyenda negra, en lo que se refiere a nuestra actuación en el Nuevo Mundo, ha quedado destruída en lo fundamental de sus asertos, y ya no pueden levantarse entre España y América, como una barrera, las malvadas invenciones forjadas por la envidia y por el odio.

Nada las separa ya, ni aun la distancia, suprimida por el genio del hombre mediante el vapor y la electricidad; y todo las une, el idioma, la religión, las costumbres, la comunidad de sus recíprocos intereses, todo, hasta el recuerdo mismo de la guerra de la Independencia, que no fué, en realidad, más que una verdadera guerra civil semejante a las que tantas veces han ensangrentado después su suelo y el nuestro, y durante la cual unos y otros realizaron análogas proezas, porque al fin todos llevaban en sus venas la misma sangre y todos fueron capaces de idénticos heroísmos.

En estas felicísimas circunstancias, creadas en gran parte por la acción del Congreso de 1914, que sólo por ello merecería la gratitud de España y América, la labor del que en el día de hoy inauguramos tiene para el porvenir una capitalísima importancia, porque aun limitado su campo de acción al período precolombiano y a la impropia llamada época colonial, es mucho y muy interesante lo que resta por hacer.

Todavía no se ha escrito la verdadera historia de la acción española en América. Puede decirse que de ésta no conocemos bien, ni hemos estudiado a fondo hasta el presente, más que el aspecto heroico, las increíbles hazañas de nuestros descubridores y de nuestros conquistadores, de Hernán Cortés y de Pizarro, de Jiménez de Quesada y de Alvarado, de Núñez de Balboa y de Magallanes, y de tantos y tantos otros, ante cuyos maravillosos hechos se desdibujan y se obscurecen las fabulosas empresas de los héroes de la Mitología.

A ese aspecto bélico, a la acción militar, hemos consagrado un centenar de libros; pero a la labor civilizadora, a la manera como fuimos extendiendo la cultura, a las instituciones benéficas y educativas que en todas partes fundamos, a la obra social que realizamos elevando la condición del indio y rodeando su persona e intereses de tales garantías que, como ya he dicho, los mismos americanos hubieron de pedir que se mantuviese su vigencia con aquellas modificaciones y perfeccionamientos que imponen de consuno el tiempo y la experiencia, a todo esto no se ha consagrado aún la atención merecida y necesaria, y sin conocerlo, estudiándolo al detalle, no cabe escribir la historia de nuestra dominación en América.

Esta es la empresa que ha de acometerse pronta y briosamente, empresa importantísima y de imprescindible realización por dos razones: porque al completar de esa suerte la Historia contribuiremos a nuestra total rehabilitación ante el Mundo; y porque ese estudio es preliminar necesario de otro que precisa emprender sin retardo, el de las relaciones de España y América durante el siglo XIX para investigar las causas del aislamiento en que han vivido, poner de relieve los errores por una y otra cometidos y deducir de todo ello prácticas enseñanzas que nos marquen el camino a seguir para curarnos de una enfermedad tradicional en la raza española, la de la división, la del fraccionamiento, la de los antagonismos familiares, por decirlo así, que tanto daño nos han causado siempre, aquí y allá; y conocidas que sean estas causas, remediarlas fomentando la unidad espiritual, la identidad del pensamiento, la comunidad en los ideales infinitamente superior a la unidad territorial y única capaz de volver a nuestra raza la influencia, el poderío, la grandeza que merece por sus gloriosas tradiciones en todas las esferas de la actividad humana.

Yo abrigo la seguridad de que en el Congreso que hoy inauguramos hemos de dar un paso de gigante en el estudio luminoso de la historia de la dominación española en el Nuevo Mundo: y esta seguridad nace de la eficaz colaboración que han de prestarnos los ilustres Delegados de las Repúblicas americanas, los

eminentes historiadores que nos honran con su presencia, todos los congresistas, en fin, a quienes saludo efusivamente en nombre del Comité organizador, así como a las Autoridades de esta bella y hospitalaria ciudad, de las que hemos recibido constantes testimonios, pruebas inequívocas del interés, digo mal, del entusiasmo con que nos han ayudado noblemente en la preparación de esta solemne y memorable Asamblea, que ha de fundir, yo así lo espero, en vínculo estrechísimo, en apretado abrazo de amor, el alma de la madre patria y de sus hijas queridas, que es una sola alma, como es uno solo el corazón de la excelsa raza española, que palpita y late al unísono aquende y allende de los mares.

EL MARQUÉS DE LAURENCÍN.

N. B.—*Este discurso fué recibido por el Congreso con nutridos y repetidos aplausos.*

(Nota del BOLETÍN).

II

LOS MIEMBROS DEL II CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA HISPANO-AMERICANAS

A su distinguido e ilustre Presidente,
Excmo. Sr. Marqués de Laurencín.

Homenaje

EXCMO. SR. PRESIDENTE:

Tengo el alto honor de poner en vuestras manos este pergamino en el cual hemos estampado con todo placer nuestros nombres para que los conservéis en vuestro noble hogar, como elocuente y perenne testimonio de nuestra admiración por vuestra eficiente acción cultural y de agradecimiento por las relevantes y amables dotes de gran señor, con que os habéis complacido en prodigarnos vuestras atenciones y agasajos.

De ahí que los delegados argentinos que hemos propiciado esta iniciativa, no entendemos haber hecho más que dar forma real a un justiciero anhelo común, y es en tal sentido y con esa